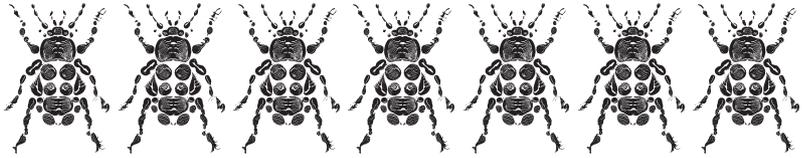


CLÁSICOS



La metamorfosis

Franz Kafka

Traducción de Ariel Magnus

GRANTRAVESÍA

LA METAMORFOSIS

Título original: *Die Verwandlung*

Autor: Franz Kafka

Traducción:
Ariel Magnus

**Concepto gráfico de la colección, dirección de arte
y diseño de portada:**
Carles Murillo

Ilustración de portada:
Jan Robert Dünnweller

D.R. © 2017, Editorial Océano, S.L.
Milanesat 21-23, Edificio Océano
08017 Barcelona, España
www.oceano.com
www.grantravesia.es

D.R. © 2023, por la presente edición,
Editorial Océano de México, S.A. de C.V.
Guillermo Barroso 17-5, Col. Industrial Las Armas
Tlalnepantla de Baz, 54080, Estado de México
www.oceano.mx
www.grantravesia.com

Primera edición: mayo de 2023

ISBN: 978-84-126697-0-1

Depósito legal: B 9549-2023

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita del editor, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. ¿Necesitas reproducir una parte de esta obra?

Solicita el permiso en info@cempro.org.mx

IMPRESO EN ESPAÑA / PRINTED IN SPAIN

9005744010623

Al despertar una mañana, tras unos sueños intranquilos, Gregor Samsa se encontró en su cama transformado en un bicho monstruoso. Estaba acostado sobre su espalda dura como un caparazón y, alzando un poco la cabeza, veía su panza abombada, marrón y dividida por unos endurecimientos en forma de arco, en cuya cima la frazada apenas lograba sostenerse y estaba a punto de resbalar hacia abajo por completo. Sus muchas patas, lastimosamente finas en comparación con el resto de su tamaño, vibraban desamparadas ante sus ojos.

“¿Qué me ha ocurrido?”, pensó. No era un sueño. Su habitación, una auténtica habitación humana, sólo que un poco demasiado chica, seguía ahí, tranquila, entre las cuatro paredes bien conocidas. Sobre la mesa, arriba de la que estaba desplegado un muestrario de telas desempaquetadas —Samsa era viajante—, colgaba una imagen que había recortado hacía poco de una revista ilustrada y había puesto dentro de un bonito marco dorado. Mostraba a una dama con un sombrero y una boa de piel, sentada muy erguida y alzando hacia el observador un pesado manguito de piel en el que tenía hundido todo su antebrazo.

La mirada de Gregor pasó luego a la ventana y el clima nublado —se escuchaban golpear las gotas de lluvia contra el alféizar de la ventana— lo puso muy melancólico. “¿Qué tal si durmiera un poquito más y me olvidara de todas estas tonterías?”, pensó, pero era algo del todo inviable, pues estaba acostumbrado a dormir sobre el lado derecho y en su estado actual no podía ponerse en esa postura. No

importaba con cuánta fuerza se arrojase hacia la derecha, siempre volvía a balancearse hasta quedar nuevamente de espaldas. Probó como cien veces, cerrando los ojos para no tener que ver las patas pataleando, y sólo desistió cuando empezó a sentir de costado un leve dolor sordo que no había sentido nunca.

“¡Dios mío, qué oficio más agotador elegí! —pensó—. Día tras día de viaje. Los problemas de negocios son mucho más grandes en casa de uno que en un verdadero negocio, y además me impusieron esta molestia de viajar; la ansiedad por las combinaciones de tren, las comidas irregulares y malas, el contacto humano siempre cambiante, que nunca dura ni se vuelve afectuoso. ¡Al diablo con todo eso!”. Sintió un ligero picor sobre la panza y se fue acercando lentamente de espaldas a la cabecera de la cama, a fin de poder alzar mejor la cabeza; encontró el lugar de la picazón, todo cubierto de unos pequeños puntitos blancos que no supo interpretar, pero cuando quiso tocar el sitio con una pata, la retiró enseguida, pues el roce le produjo escalofríos.

Volvió a deslizarse hacia la posición anterior. “Esto de levantarse temprano lo deja a uno completamente idiota —pensó—. El hombre debe dormir. Otros viajantes viven como mujeres de un harén. Cuando, por ejemplo, vuelvo al hostel en el correr de la mañana para pasar los pedidos conseguidos, los señores estos apenas están desayunando. Si yo intentara hacer lo mismo con mi jefe, volaría al instante. ¿Quién sabe si eso no sería algo muy bueno para mí, dicho sea de paso? Me contengo por mis padres, de lo contrario hace tiempo que hubiera renunciado. Me habría

plantado ante el jefe y le habría dicho lo que pienso de todo corazón. ¡Se habría caído del escritorio! Es realmente extraño eso de sentarse sobre el escritorio y hablar desde las alturas con el empleado, que además tiene que ponerse bien cerca, debido a la sordera del jefe. Pero no pierdo del todo las esperanzas: una vez que haya reunido el dinero como para pagarle la deuda de mis padres —serán unos cinco o seis años más—, lo haré seguro. Ahí vendrá el gran punto y aparte. Entretanto, tengo que levantarme, que mi tren sale a las cinco”.

Y miró el reloj que hacía tictac sobre el armario de enfrente. “¡Dios Santo!”, pensó. Eran las seis y media, y las agujas avanzaban con calma, eran incluso las seis y media pasadas, acercándose a las siete menos cuarto. ¿Será que el despertador no ha sonado? Desde la cama se veía que estaba correctamente puesto a las cuatro, no había dudas de que también había sonado. Sí, pero ¿era posible quedarse tranquilamente dormido con ese sonido que hacía estremecer los muebles? O sea, bien no había dormido, pero tanto más profundo seguramente. ¿Qué debía hacer ahora? El próximo tren salía a las siete; para alcanzarlo hubiera tenido que apurarse a lo loco y el muestrario no estaba empaquetado aún, amén de que no se sentía muy despabilado ni ágil. Y aun si alcanzaba el tren, la reprimenda del jefe era inevitable, pues el cadete del negocio esperaba en el tren de las cinco y hacía rato que debía haber informado sobre su demora. Era un lacayo del jefe, sin agallas ni cabeza. ¿Y si decía que estaba enfermo? Pero eso hubiera sido sumamente degradante y sospechoso, ya que en los cinco años que llevaba de servicio Gregor no

había estado enfermo ni una vez. El jefe vendría sin dudas con el médico laboral, les haría reproches a los padres por el hijo vago que tenían y cortarían todas las objeciones señalando al médico, para quien sólo existían personas completamente sanas con aversión al trabajo. ¿Y en este caso no hubiera tenido alguna razón? Porque más allá de una somnolencia de veras superflua después de haber dormido tanto, lo cierto es que Gregor se sentía muy bien y hasta tenía mucha hambre.

Mientras reflexionaba sobre estas cosas a toda velocidad, sin poder decidirse a dejar la cama —el despertador acababa de dar las siete menos cuarto—, golpearon con cuidado a la puerta que estaba a la cabecera.

—Gregor —se oyó (era su madre)—, son las siete menos cuarto. ¿No tenías que irte?

¡Qué voz más suave! Gregor se estremeció al escuchar la contestación de la propia, que era inconfundiblemente la de antes, pero en la que se mezclaba como desde el fondo un piar doloroso e irreprimible, que sólo en un primer momento dejaba que las palabras conservaran su claridad, por así decirlo, para luego destruirlas durante su resonancia, al punto de que no se sabía si uno había oído bien. Gregor hubiera querido contestar en detalle y explicarlo todo, pero ante esta circunstancia se limitó a decir:

—Sí, sí, gracias, madre, enseguida me levanto.

La puerta de madera no debió de haber permitido que el cambio en la voz se percibiera desde afuera, pues la madre se tranquilizó con esta aclaración y se alejó, arrastrando los pies. Pero el pequeño diálogo había advertido a los otros miembros de la familia de que, contra lo esperado, Gregor

seguía en la casa, y ya el padre golpeaba una de las puertas laterales, débilmente, pero con el puño.

—Gregor, Gregor —exclamó—, ¿qué es lo que pasa? —y tras un breve momento le advirtió otra vez con voz más grave—: ¡Gregor, Gregor!

En la otra puerta lateral se lamentaba en voz baja la hermana:

—¿Gregor? ¿No te sientes bien? ¿Necesitas algo?

Gregor contestó hacia ambos lados que ya estaba listo, esforzándose por quitarle a su voz todo lo llamativo mediante una pronunciación esmerada y largas pausas entre cada palabra. El padre volvió a su desayuno, pero la hermana susurró:

—Gregor, abre, te lo suplico.

Gregor ni pensaba en abrir; antes bien elogió la precaución, adoptada de los viajes, de trabar todas las puertas durante la noche, aun estando en su casa.

Primero quería levantarse con calma y sin ser molestado, vestirse y ante todo desayunar, sólo después reflexionaría acerca del resto, porque advertía que en la cama la reflexión no lo llevaría a ninguna conclusión sensata. Recordaba haber sentido con frecuencia en la cama algún leve dolor, producido tal vez por una mala postura, que al levantarse se revelaba como ilusorio, y estaba ansioso por ver cómo poco a poco se iban disipando sus fantasías de hoy. No tenía la menor duda de que el cambio de voz no era otra cosa que el síntoma de un buen resfriado, enfermedad profesional de los viajantes.

Arrojar la frazada fue de lo más fácil; le bastó inflarse un poco y cayó por sí sola. Pero a partir de ese momento

se hizo difícil, sobre todo por su extraordinaria anchura. Habría necesitado brazos y manos para ponerse derecho, pero en lugar de eso sólo tenía las muchas patitas, ocupadas de manera ininterrumpida con los movimientos más variados, que no lograba controlar. Si quería doblar una de ellas, lo primero que ocurría era que se estiraba, y si al fin conseguía hacer con esa pata lo que quería, las otras se agitaban como liberadas, presas de la exaltación más grande y dolorosa. “Lo importante es no quedarse acostado inútilmente”, se dijo Gregor.

Lo primero que quería hacer era salir de la cama con la parte baja de su cuerpo, pero esta parte baja, que dicho sea de paso aún no había visto y de la que tampoco se podía hacer una idea cabal, se mostró como muy difícil de mover. Todo iba muy despacio. Cuando finalmente, casi enfurecido, se lanzó hacia delante con todas sus fuerzas y sin miramientos, había elegido mal la dirección y se pegó fuertemente contra la barra a los pies de la cama. El dolor punzante le enseñó que la parte baja de su cuerpo era, de momento, tal vez la más sensible.

Intentó entonces sacar primero el torso, para lo que giró con cuidado la cabeza en dirección al borde de la cama. Lo consiguió con facilidad y, pese a su anchura y a su peso, la masa corporal siguió el giro de la cabeza. Cuando al fin la cabeza colgaba en el aire fuera de la cama, le dio miedo seguir avanzando, pues si se dejaba caer de esa manera tenía que ocurrir un auténtico milagro para no lastimarse la cabeza. Y justo ahora no era el momento de perder el juicio, para eso prefería quedarse acostado.

Otra vez en la posición precedente, resoplando tras haber hecho un esfuerzo similar, vio que sus patitas luchaban aún más entre sí y que no encontraba la oportunidad de imponer la calma y el orden en ese capricho, por lo que se repitió que era inadmisibles quedarse en la cama y que lo más sensato era sacrificarlo todo, si así existía la menor esperanza de liberarse de ella. Entretanto, no dejaba de recordarse que la reflexión serena y serenísima era mucho mejor que las decisiones desesperadas. En momentos como éste, dirigía los ojos con la mayor agudeza posible hacia la ventana, pero lastimosamente eran pocos la confianza y el ánimo que se podían extraer del panorama de niebla matinal que cubría hasta el otro lado de la estrecha calle. “Ya son las siete —se dijo, cuando el despertador volvió a dar la hora—, ya son las siete y todavía semejante niebla”. Y por un ratito se quedó tranquilo y respirando débilmente, como a la espera de que a partir de la calma total retornaran las circunstancias verdaderas y naturales.

Luego se dijo: “Antes de que sean las siete y cuarto tengo que haber dejado la cama. Para entonces vendrá también alguien del negocio a preguntar por mí, ya que abre antes de las siete”. Y empezó a balancear el cuerpo en toda su extensión y en completo equilibrio hacia fuera de la cama. Si se dejaba caer de esta manera, era de esperar que la cabeza, que pensaba alzar con ímpetu durante la caída, saliera ilesa. La espalda parecía ser dura, nada le pasaría por caer sobre la alfombra. Lo que más dudas le causaba era considerar el fuerte ruido que tendría que escucharse y que causaría, si no susto, al menos

preocupación detrás de todas las puertas. Pero era un riesgo que había que correr.

Cuando Gregor ya asomaba a medias de la cama —el nuevo método era más un juego que un esfuerzo, sólo tenía que ir balanceándose a tirones—, se le ocurrió lo fácil que sería todo si vinieran a ayudarlo. Dos personas forzudas (pensó en su padre y en la criada) habrían sido más que suficiente; bastaba con que metieran sus brazos bajo el arco de su espalda para sacarlo de la cama, inclinarse luego con el peso y aguantar con cuidado a que completara la vuelta hacia el suelo, donde esperaba que las patitas al fin adquirieran sentido. Ahora bien, dejando de lado que todas las puertas estaban trabadas, ¿realmente debía pedir ayuda? Pese a todo el apuro, al pensar en esto no pudo reprimir una sonrisa.

Había llegado al punto en que balancearse con fuerza casi le impedía mantener el equilibrio y muy pronto tendría que tomar una decisión definitiva —en cinco minutos serían las siete y cuarto—, cuando tocaron el timbre de la casa. “Es alguien del negocio”, se dijo y quedó casi helado, mientras que sus patitas bailaban con mayor rapidez aún. Por un momento todo permaneció en silencio. “No abren”, se dijo Gregor, presa de alguna esperanza absurda. Pero por supuesto que la criada fue como siempre a paso firme hasta la puerta y abrió. A Gregor le bastó con oír el primer saludo del visitante para saber quién era: el apoderado en persona. ¿Por qué estaba Gregor condenado a prestar servicio en una empresa donde la menor negligencia enseguida daba lugar a las mayores sospechas? ¿Es que todos los empleados eran sin excepción unos canallas? ¿No había

entre ellos ninguna persona fiel y leal que cuando pasaba un par de horas matutinas sin provecho para el negocio se volvía loco de remordimiento porque realmente no estaba en condiciones de abandonar la cama? ¿De verdad que no bastaba con mandar a un aprendiz a que preguntara, si es que era necesario andar preguntando? ¿Tenía que venir el apoderado en persona para mostrarle a toda la inocente familia que sólo a su capacidad de razonamiento se le podía confiar la investigación de esta circunstancia sospechosa? Por la exaltación que le provocaron estas reflexiones, más que como consecuencia de una decisión seria, Gregor se bamboleó con toda su energía hacia fuera de la cama. Se oyó un golpe fuerte, pero que no fue un verdadero ruido. La alfombra amortiguó un poco la caída, además de que la espalda era más elástica de lo que había imaginado, de ahí el sonido sordo y no tan llamativo. Sólo que la cabeza no la había sostenido con la suficiente cautela y se la había golpeado; la hizo girar y la frotó contra la alfombra, enojado y dolorido.

—Algo se ha caído ahí dentro —dijo el apoderado en la habitación de la izquierda.

Gregor intentó imaginar si al apoderado no le hubiera podido ocurrir alguna vez algo parecido a lo que hoy le ocurría a él; al menos había que concederle la posibilidad. A modo de ruda respuesta a esta pregunta, el apoderado dio ahora un par de pasos decididos en la habitación contigua, haciendo crujir sus botas de charol. De la habitación de la derecha susurró la hermana, a fin de avisarle a Gregor:

—Gregor, está aquí el apoderado.

—Lo sé —dijo Gregor, aunque sin animarse a levantar la voz lo suficiente como para que lo pudiese oír la hermana.

—Gregor —dijo entonces el padre desde la izquierda—, ha venido el señor apoderado y pregunta por qué no te marchaste con el primer tren de la mañana. No sabemos qué decirle. Además, quiere hablar contigo en persona. Así que, por favor, abre la puerta. Él tendrá la amabilidad de disculpar el desorden en la habitación.

—Buen día, señor Samsa —intercedió el apoderado amablemente.

—No se siente bien —le dijo la madre al apoderado, mientras el padre seguía hablándole a la puerta—, no se siente bien, créame, señor apoderado. ¡Cómo, si no, iba a perderse Gregor un tren! El chico tiene la cabeza puesta en el negocio. Me enoja que casi nunca salga por las tardes; ahora estuvo ocho días en la ciudad, pero todas las tardes se quedó en casa. Se sienta con nosotros a la mesa en silencio y lee el periódico o estudia los horarios de los trenes. Para él es una distracción ocuparse en trabajos de marquetería. En dos o tres tardes talló un pequeño marco, se asombraría usted de lo bonito que es, está colgado adentro en la habitación; enseguida lo verá, cuando Gregor abra. Por lo demás, me alegra que esté usted aquí, señor apoderado, nosotros solos no hubiéramos podido convencer a Gregor de que abra la puerta, es tan testarudo... Seguro que no se siente bien, a pesar de que en la mañana lo haya negado.

—Ya voy —dijo Gregor despacio y circunspecto y sin moverse, para no perder ninguna palabra de las conversaciones.

—De otra manera no me lo puedo explicar —dijo el apoderado—. Esperemos que no sea nada serio. Aunque por otro lado debo decir que nosotros los hombres de negocios (por lástima o por suerte, como se prefiera) debemos con mucha frecuencia superar las ligeras indisposiciones por consideración a nuestro oficio.

—¿Puede entonces entrar el señor apoderado a tu cuarto? —preguntó el padre impaciente, golpeando otra vez la puerta.

—No —dijo Gregor.

En la habitación de la izquierda se oyó un silencio afligido, en la de la derecha la hermana empezó a sollozar.

¿Por qué no iba la hermana adonde estaban los otros? Seguro que acababa de levantarse de la cama y ni había empezado a cambiarse. ¿Y por qué lloraba? ¿Porque él no se levantaba y dejaba pasar al apoderado, porque estaba en peligro de perder el puesto y porque entonces el jefe volvería a perseguir a los padres con las viejas deudas? Ésas eran preocupaciones innecesarias de momento. Gregor aún estaba ahí y no pensaba para nada en abandonar a su familia. Es cierto que en ese instante yacía sobre la alfombra y que nadie que conociera su estado le habría exigido seriamente que dejara entrar al apoderado. Pero no podía ser despedido de inmediato por esta pequeña descortesía, para la que más tarde sería fácil encontrar una excusa adecuada. Y le parecía que hubiese sido mucho más sensato dejarlo ahora en paz, en vez de molestarlo con llantos y persuasiones. Era la incertidumbre lo que acuciaba a los otros, a la vez que disculpaba su conducta.

—Señor Samsa —exclamó entonces el apoderado, elevando la voz—, ¿qué es lo que ocurre? Se atrincheró ahí en su cuarto, responde apenas con sí o con no, les provoca a sus padres una inquietud grave e innecesaria y (dicho esto sólo de paso) falta usted a sus deberes laborales de un modo inaudito. Hablo en nombre de sus padres y de su jefe y le pido muy seriamente una explicación clara y urgente. Me asombra, me asombra. Creía conocerlo como una persona tranquila y sensata, y ahora parece querer empezar de pronto a hacer alarde de humores extraños. El jefe me insinuó hoy temprano una posible explicación para su tardanza (concerniente al cobro que se le confió hace poco), pero yo di casi mi palabra de honor de que esa explicación no podía ser la correcta. Sin embargo, ahora observo aquí su terquedad incomprensible y pierdo las ganas de interceder lo más mínimo en su favor. Y su posición no es en absoluto la más sólida. Mi intención original era decirle todo esto a solas, pero puesto que me hace perder mi tiempo aquí inútilmente, no veo por qué no deben enterarse también sus señores padres. Su rendimiento del último tiempo ha sido muy insatisfactorio; no será la época del año como para hacer grandes negocios, lo admitimos, pero una época del año para no hacer ninguno tampoco existe, señor Samsa, ni debe existir.

—Pero, señor apoderado —exclamó Gregor fuera de sí, olvidando todo lo otro en su exaltación—, le abriré enseguida, al instante. Un ligero malestar, un mareo me han impedido levantarme. Aún estoy en la cama. Pero ahora me siento otra vez como nuevo. Justo ahora estoy saliendo de la cama. ¡Sólo un segundito de paciencia! La cosa no va

tan bien como pensaba. Pero ya me siento mejor. ¡Cómo puede una persona sufrir un ataque así! Ayer por la noche estaba de lo más bien, mis padres lo saben, o, mejor dicho, ayer por la noche ya tuve un pequeño presentimiento. Se me tendría que haber notado. ¡Por qué no habré avisado en el negocio! Es que uno siempre piensa que superará la enfermedad sin guardar cama. ¡Señor apoderado, sea bueno con mis padres! No hay razones para todos los reproches que me está haciendo, tampoco me habían dicho ni una palabra al respecto. Tal vez no ha visto usted los últimos encargos que envié. Por lo demás, salgo de viaje con el tren de las ocho, este par de horas de tranquilidad me han fortalecido. No se demore más, señor apoderado; enseguida estaré en persona en el negocio, tenga la bondad de comunicarlo y mandarle mis saludos al señor jefe.

Y mientras que Gregor soltaba esto a toda prisa, casi sin saber lo que estaba diciendo, se había acercado al armario con facilidad, seguro que a causa de la práctica que ya había adquirido sobre la cama, y ahora intentaba erigirse apoyándose en él. Realmente quería abrir la puerta, realmente quería hacerse ver y hablar con el apoderado, estaba ávido por saber lo que dirían al verlo los que tanto lo reclamaban. Si se asustaban, Gregor no tendría más responsabilidad y podría estar tranquilo. Si, en cambio, lo tomaban todo con tranquilidad, tampoco él tendría razones para inquietarse y, si se apuraba, podría estar efectivamente a las ocho en la estación. Primero patinó un par de veces contra el armario liso, pero al fin se dio un último empujón y quedó erguido; a los dolores en el vientre ya no les prestaba atención, por mucho que ardieran. Se dejó

caer sobre el respaldo de una silla cercana, aferrándose a sus bordes con las patitas. Con esto alcanzó el dominio sobre sí mismo y enmudeció, pues ahora podía escuchar al apoderado.

—¿Han entendido alguna palabra? —le preguntó a los padres—. ¿No nos estará tomando el pelo?

—¡Por el amor de Dios! —gritó la madre ya entre lágrimas—. Tal vez esté gravemente enfermo y nosotros lo estamos torturando. ¡Grete, Grete!

—¿Madre? —gritó la hermana desde el otro lado.

Se comunicaban a través de la habitación de Gregor.

—Debes ir de inmediato al médico. Gregor está enfermo. Rápido al médico. ¿Lo has oído hablar?

—¡Era la voz de un animal! —dijo el apoderado, notoriamente bajito en comparación con los gritos de la madre.

—¡Anna, Anna! —gritó el padre a través de la antesala hacia la cocina, al tiempo que daba palmadas—. ¡Busque enseguida a un cerrajero!

Y ya se escuchó el frufurú de las faldas de ambas muchachas corriendo por la antesala —¿cómo es que la hermana se había vestido tan rápido?— para abrir la puerta de entrada. Ni siquiera se escuchó el sonido al cerrar, evidentemente porque la habían dejado abierta, como suele ocurrir en las casas donde ha ocurrido una gran desgracia.

Sin embargo, Gregor estaba mucho más tranquilo. De modo, pues, que no se le entendían las palabras, aun cuando a él le parecían claras, más claras que antes, tal vez porque el oído se había acostumbrado. Al menos se habían convencido ahora de que algo no estaba del todo en orden con él y parecían dispuestos a ayudarlo. La determinación

y seguridad con que se habían tomado las primeras directivas le hicieron bien. Volvió a sentir que era parte de un círculo humano y esperaba de ambos, del médico y del cerrajero, sin diferenciarlos mucho en realidad, resultados grandiosos y sorprendentes. A fin de adquirir una voz lo más clara posible para las conversaciones decisivas que se aproximaban, se puso a toser un poco, aunque esforzándose por hacerlo de manera bien suave, porque era probable que hasta ese ruido sonara distinto a la tos humana, algo que ya no se animaba a determinar. En la habitación contigua reinaba entretanto un silencio absoluto. Quizá los padres estaban sentados a la mesa cuchicheando con el apoderado, quizás escuchaban todos pegados a la puerta.

Gregor se deslizó lentamente con el sillón hacia la puerta, lo dejó ahí, se arrojó hacia la puerta y, apoyándose en ella, se mantuvo erguido —los extremos de sus patitas tenían un poco de pegamento— y descansó por un rato del esfuerzo. Luego empezó con la boca a girar la llave en la cerradura. Lamentablemente parecía no tener verdaderos dientes —¿con qué iba a agarrar la llave?—, pero las mandíbulas eran muy fuertes y con su ayuda logró poner en movimiento la llave, aunque sin darse cuenta de que se estaba haciendo algún daño, pues de la boca le salió un líquido marrón que chorreó por la llave y goteó al suelo.

—Escuchen —dijo el apoderado en la habitación contigua—, está haciendo girar la llave.

Para Gregor esto fue un gran estímulo, pero todos deberían haberlo alentado, también el padre y la madre: “¡Fuerza, Gregor! —deberían haber gritado—. ¡Dale duro! ¡Duro con esa cerradura!” Imaginando que todos seguían

sus esfuerzos con interés, mordió ciegamente la llave con toda la energía que pudo reunir. Daba la vuelta alrededor de la cerradura al ritmo que giraba la llave, sosteniéndose ahora exclusivamente con la boca, y según la necesidad del momento se colgaba de la llave o volvía a empujarla hacia dentro con todo el peso de su cuerpo. El sonido diáfano del pestillo al fin retrocediendo despertó a Gregor. Tomó aire y se dijo: “No he necesitado al cerrajero”, y apoyó la cabeza contra el picaporte, a fin de abrir del todo la puerta.

Por la manera en que había tenido que abrirla, la puerta ya había quedado bastante entornada, pero a él no se lo veía aún. Tuvo primero que rodear una de las hojas con lentitud y mucho cuidado para no caer con todo el peso de espaldas en el umbral de la habitación. Estaba ocupado aún en ese difícil movimiento, sin tiempo de prestar atención a lo demás, cuando escuchó al apoderado lanzar un fuerte “¡Oh!” —sonó como cuando silba el viento— y vio también, pues era el que estaba más cerca de la puerta, que se llevaba la mano hacia la boca abierta y retrocedía despacio, como expulsado por el influjo uniforme de una fuerza invisible. La madre —que estaba ahí, pese a la presencia del apoderado, con los pelos revueltos y erizados de la noche— miró primero al padre, juntando las manos, avanzó luego dos pasos hacia Gregor y se desvaneció en medio de las faldas que se desplegaron a su alrededor, la cara hundida en el pecho hasta perderse de vista. El padre apretó el puño con gesto hostil, como queriendo empujar a Gregor de nuevo a su habitación, giró en la sala y miró dubitativo a su alrededor, se tapó los ojos con las manos y empezó a llorar de tal modo que el pecho se le sacudía.

Gregor ni ingresó a la sala, sino que se apoyó desde dentro contra la hoja de la puerta que estaba trabada, de modo que sólo quedara a la vista la mitad de su cuerpo y por encima, inclinada hacia un lado, la cabeza, con la cual oteaba a los otros. Entretanto había clareado mucho y al otro lado de la calle se distinguía a la perfección la silueta del edificio de enfrente, con su infinito frente gris oscuro —era un hospital— interrumpido abruptamente por las ventanas regulares. La lluvia seguía cayendo, pero con grandes gotas visibles por separado, casi como si fueran arrojadas contra la tierra una por una. Sobre la mesa estaba la opulenta vajilla del desayuno, pues para el padre el desayuno era la comida más importante del día y la dilatada durante horas con la lectura de diversos periódicos. Justo en la pared de enfrente colgaba una fotografía de Gregor de su época militar, en la que se lo veía como subteniente, con la mano en la espalda y una sonrisa despreocupada, reclamando respeto por su postura y su uniforme. La puerta que daba a la antesala estaba abierta, y como también lo estaba la puerta de entrada, se veía el vestíbulo de la casa y el principio de la escalera descendente.

—Pues bien —dijo Gregor, consciente de ser el único que había mantenido la calma—, enseguida me cambiaré, empaquetaré el muestrario y partiré. ¿Quieren ustedes, quieren dejarme partir? Ya ve, señor apoderado, que no soy cabeza dura y que trabajo con gusto; viajar es fatigoso, pero sin los viajes no podría vivir. ¿Adónde va, señor apoderado? Al negocio, ¿no es cierto? ¿Informará todo conforme a la verdad? Uno podrá estar transitoriamente incapacitado para trabajar, pero ése es el momento

oportuno para recordar los logros anteriores y considerar que más tarde, una vez salvado el obstáculo, sin duda se trabajará con tanto mayor empeño y concentración. Mi compromiso con el señor jefe es enorme, ya lo sabe usted muy bien. Por otra parte, debo ocuparme de mis padres y de mi hermana. Ahora estoy en un aprieto, pero ya sabré librarme de él. ¡Tome partido por mí en el negocio! Al viajante no se lo quiere, ya lo sé. Se cree que gana un dineral a cambio de llevar una gran vida. Y no hay ningún motivo especial para examinar mejor este prejuicio. Pero usted, señor apoderado, usted tiene una visión de conjunto más amplia que la del resto del personal, una panorámica incluso mejor, dicho esto muy en confianza, que la del propio señor jefe, que como empresario duda de su juicio con facilidad, en desmedro de un empleado. También sabe usted que el viajante, que está casi todo el año fuera del negocio, puede muy rápidamente ser víctima de habladurías, casualidades y quejas infundadas, contra las que le resulta imposible defenderse, ya que por lo general ni se entera de ellas, y si lo hace es sólo cuando vuelve agotado de algún viaje y en su casa le hacen sentir en carne propia las graves consecuencias de las que ya no se pueden rastrear las causas. Señor apoderado, no se vaya sin haberme dicho una palabra que me demuestre que me da usted la razón, aunque no sea más que en una pequeña parte.

El apoderado se había dado la vuelta ante las primeras palabras de Gregor y lo miraba con la boca muy abierta por encima del hombro tembloroso. Durante el discurso no se había quedado ni un momento quieto, sino que, sin quitarle la vista a Gregor, se fue retirando hacia la puerta